

## MEMORIAS DEL EXILIO

por Nancy de la Cova

me,

*Dedico estas Memorias a mis queridos hijos, que pasaron conmigo los ratos buenos y malos del exilio.*

Enero 31 de 1961, 5:00 p.m. Nos entregaron en esa fecha y en esa hora, los siete pasaportes visados. Teníamos separado asientos en el vuelo de Pan American que salía de Camagüey al día siguiente, via Jamaica. Margot mi tía nos había mandado el dinero en dólares para los pasajes. A toda carrera recogimos lo poco que se podía traer -- una maleta por persona, y a las 10:00 p.m. tomamos el tren que nos condujo a Camagüey. Yo pude traer algunas prendas.

La casa, muebles y carro quedaron allá... *y lo que fue más duro, Tata, Beba y Ramón.*

Antes de ir para la estación de trenes pasamos por casa de Tata, yo no quise bajarme del carro para despedirme de ellos tres, pues sabía que no iba a volver a verlos en esta vida, será en la otra. Ana María también quedó allá con ellos por el momento, ya que solamente tenía pocos meses de operada, y el doctor opinó que debíamos acomodarnos antes por acá y entonces mandarla a buscar. Esto fue duro.

¡Lágrimas de alegría y de tristeza se vertieron en aquellos momentos! También quedaba llorando Lidia, la manejadora de los niños, que estuvo con nosotros por once años. Llegamos a Camagüey la mañana siguiente donde nos esperaba Orlando Calzada, un buen amigo nuestro.

Sin pérdida de tiempo fuimos para el aeropuerto y allí estuvimos por espacio de seis horas. Registros, más registros, a René no le dejaron sacar dos relojes de oro 18 que eran de mi abuelo y Orlando luego se los entregó a Tata, así como \$100 dólares que por temor no nos atrevimos a pasar.

El calor, el hambre, los desagradables momentos de espera nos tenían ya casi desesperados, pero sin perder la fe en Dios. Lourdes, que acababa de cumplir dos años, lloraba y gritaba pues estaba fatigada por el calor y el hambre; no podíamos salir de aquel salón a comprar nada para tomar o comer.

Al fin subimos al avión (gracias a Dios) que nos condujo a Jamaica, pero antes le cedimos el asiento de Lourdes a una monja que estaba en *stand-by*, y yo llevé a Lourdes en mis piernas todo el viaje. Al despegar, todos cantamos el himno cubano, fue un momento muy emocionante. Dimos gracias a Dios.

Llegamos a Jamaica y fuimos a un hotelito esa noche, al día siguiente por la mañana al Immigration Department. Allí fue la sorpresa, no podíamos seguir a Estados Unidos pues era necesario sacar la residencia. Llamamos a Cuba y enseguida Tata, Beba y Ramón se movilizaron para sacar los papeles necesarios, tales como inscripciones de nacimiento, matrimonio, etc.

En total estuvimos en Jamaica 45 días en lo que se procesaban los papeles para la residencia en U.S.A. Teníamos \$2,000 que se fueron reduciendo y reduciendo. Tuvimos que alquilar un cuarto en casa de una familia nativa y el hijo tenía en su habitación cantidad de libros sobre comunismo.

A la semana o dos, nos mudamos a un cuarto grande con baño y cocinita en los altos de una señora inglesa. Jorge cumplió 8 años el 14 de febrero y la señora le celebró el cumpleaños con un *cake* y refrescos. ¡Fue una alegría! La vista desde allí era preciosa, las montañas bellas y se sentía mucho fresco. Por las madrugadas oíamos algunos tiros que procedían del área montañosa donde viven los nativos conocidos por "la tribu de los Rastafaris." Cuando íbamos a la ciudad a Inmigración, correos, etc., los veíamos sentados en el suelo a caminando por allí con

sus varas largas, conocidas como las armas de los Rastafaris, y nos gritaban: "Cubans, go home."

Una de nuestras odiseas en Jamaica fue la caída de Lourdes, que se subió en una maletas para ver por la ventana y al caerse, se dió con el muro de la ventana en la boca y se enterró un diente superior en la encía. La llevamos enseguida al hospital, y nos quedamos asombrados de la falta de higiene que allí había.

Pasaban los día y los días y el permiso no llegaba para poder volar a Estados Unidos y decidimos por medio de la iglesia Católica, mandar a los tres varones por el momento, y luego salir nosotros con Lourdes, cuando obtuvieramos las visas. A principios de marzo salieron los tres, y fueron repartidos como sigue: René Jr. en casa de mi prima Fefita de Sola de Agüero; Tony en casa de mi primo Ricardo G. Abreu; y Jorge en casa de Mary Coniff, su madrina y gran amiga mía. A la semana siguiente salíamos nosotros tres para Estados Unidos con nuestras visas de residentes -- los muchachos tenían visas de estudiantes.

Al llegar a Miami, fuimos recibidos en el aeropuerto por Fefita y de allí nos llevó a casa de mi amiga Ñeca y su esposo Emilio Monte, donde pasamos dos días. Alquilamos dos habitaciones con un baño, en un pequeño hotel en *downtown* Miami y aunque viejo y antiguo, pero nos sentíamos más independientes y tranquilos, debido a no tener que continuar molestando a familiares y amigos, pues esto nos apenaba.

Ana María llegó el 27 de marzo acompañada por mi amiga Marta Catá y sus dos hijos. Fue muy duro tener que separar a la niña de Tata, Ramón y Beba, con quienes ella se había quedado, pero no había otro remedio que hacerlo, y cuanto antes mejor. Se le mandó una visa waiver, que afortunadamente habían empezado a darlas recientemente.

El dinero mermaba cada vez más, aunque Elia nos había mandado a Cuba \$2,000 para

poder depositar en un banco en Jamaica y así obtener las visas de ese país; ya una vez radicados en Memphis, Tennessee, le devolvimos dicho dinero y le dimos las gracias por su atención. René consiguió en Miami un trabajo de 11 p.m. a 7 a.m. en Shell City shopping center limpiando, y yo tratando de poner a las niñas en el nursery de las Dominicas, pero me dijeron que no había cupo.

El día 17 de abril empezaron las noticias por radio y televisión sobre el planeado ataque y desembarco de la Brigada 2506 en Bahía de Cochinos, pero la alegría duró muy poco, pues las malas noticias sobre la tragedia vivida por esos bravos cubanos, hicieron derramar muchas lágrimas. Además, nos sentimos defraudados, perdidos.

Nos mudamos a un apartamento de un cuarto, sala, cocina y baño en la calle 9 y la avenida 17 del S.W. con las niñas. A los tres varones los habíamos internado en una escuela de monjas para niños refugiados, hasta que pudiéramos desenvolvemos mejor. El Refugio nos daba \$100 al mes y la iglesia de Gesu nos ayudaba con algunos víveres mientras vivimos en el hotel, cerca de dicha iglesia.

Al mudarnos al S.W. no teníamos esa ayuda de víveres y un día René salió en busca de comida, pues dijeron que el Refugio había empezado a repartirla, pero como demoraba y teníamos hambre, Lourdes se paró delante del refrigerador a llorar y a pedir "titi," como ella le decía a la leche. Tenía solamente dos años de edad.

Fue un momento muy duro para mí, ver a mi hijita llorando porque tenía hambre y que en la nevera solamente había una jarra con agua. Jorge estaba ese día en la casa porque se había enfermado y tuvimos que sacarlo de la escuela donde estaba internado. Lo habían obligado a comer maiz, que a él no le gustaba, y según le cayó en el estómago lo devolvió. Lo llevamos

para el apartamento con nosotros y las dos niñas, y el día que Lourdes empezó a llorar por hambre, lo dejé en la casa cuidándolas y le pedí a Dios que los protegiera. Jorge tenía solamente 8 años.

Fui caminando veinte cuadras a casa de Ñeca para pedirle 20 centavos y comprar leche para las niñas, pero al llegar allá el hijo me dijo que sus padres habían salido y él no tenía ni un centavo encima. Regresé, caminando de nuevo 20 cuadras y pensando qué le iba a decir a Lourdes que me estaba esperando para tomar su "titi." Al llegar a la esquina de la casa, paré en casa de una viejita puertorriqueña que hablaba conmigo y celebraba a las niñas cuando caminábamos por la acera algunas tardes. Le conté lo que me pasaba y ella me trajo medio galón de leche y me dió 50 centavos. Me eché a llorar, y le dí las gracias. Ella me dió ánimo diciéndome que yo no estaba robando y que pedir no era pecado.

Cuando llegué a la casa, contenta con la leche para la niña, René acababa de llegar con una factura, las primeras que había comenzado a dar el Refugio. ¡Qué sorpresa! La leche era en polvo -- había que acostumbrarse al nuevo sabor, harina, peanut butter, que antes no habíamos comido, etc. Seguimos en nuestra lucha por la vida en un país nuevo, con la barrera del idioma, la falta de dinero y separada de los dos hijos mayores, hasta ver...

Un día nos notificaron sobre una entrevista con el Padre Walsh que estaba a cargo de los niños refugiados. Fuimos enseguida allá, y se trataba de una relocalización de los muchachos al estado de New Mexico y a casa de distintas familias, hasta que nos acomodáramos y consiguiéramos empleos con los cuales pudiéramos mantener la familia. Le dimos las gracias a monseñor Walsh y le dijimos que no queríamos separarnos de ellos y entonces fue necesario sacarlos del internado donde se encontraban aun René y Tony, pues no podían continuar allí por

más tiempo, de lo contrario serían relocalizados.

Teníamos entonces a los cinco niños con nosotros en el apartamento de un solo cuarto, pero el encargado se dió cuenta de esto a los dos días y nos mandó a mudar inmediatamente. Sin dinero, tuvimos que buscar rápidamente otro lugar donde vivir y fue entonces que no quedó otra solución sino la de vender una de las prendas. Salía con las niñas a visitar las joyerías y ver quien daba más, y al fin tuve que vender por \$400 una pulsera de oro 18 con 13 diamantes valorada en mil y pico de dólares, que le había echado en el bolsillo de la camisa a Tony en el aeropuerto después que lo registraron.

Con ese dinero, alquilamos un apartamento mejor y más amplio en unos edificios que los cubanos apodaron "Pastorita," situado en la calle 9 y la avenida 32 del S.W. Allí vivía Marta Catá con sus hijos, esperando que su esposo Jorge Kaufmann, que estaba asilado en una embajada en Cuba, pudiera llegar a Estados Unidos. Teníamos dos cuartos amplios, sala, cocina y baño, también había una piscina.

Con el dinero que quedó después de pagar la renta y el mes adelantado, compramos un televisor viejo para los niños y también un "carro" por \$25. ¡Increíble! Ese carro nos ayudó a resolver muchos problemas y también para poder pasear con los niños por Miami y Fort Lauderdale, y sentimos un poco mejor de espíritu.

Vivimos allí dos meses, pero a mediados de Junio Ana María se enfermó y le dieron varios ataques con pérdida de conocimiento. Fue entonces que René llamó al Dr. Jorge Picaza, aunque un médico vecino nos recomendó a un neurólogo que vino a la casa a verla y fue muy atento. El nos sugirió que cuando fuera posible le hicieramos unas pruebas para asegurarnos de cuál era su problema originalmente. Ana tuvo vómitos, y como René trabajaba de noche, a las

3 a.m. tuve yo que salir con ella a coger un omnibus en la calle ocho para llevarla al Jackson Hospital, que era donde iban los refugiados y no teníamos que pagar. Estuve una hora, de 3 a.m. a 4 a.m., sentada en un banco en la calle ocho esperando el omnibus y la niña continuaba vomitando. Estuvimos en el hospital hasta por la mañana que René nos fue a recoger.

¡Cuántos momentos de angustia, inseguridad y sufrimiento se pasaron!, pero Gracias a Dios estábamos los siete juntos, aunque recordando siempre a Tata, Beba y Ramón que habían quedado en Cuba, sufriendo nuestra separación y también los problemas de tener que vivir bajo un régimen con el que nunca estuvieron de acuerdo, pero que debido a sus largos años de edad y a enfermedades padecidas, les fue imposible salir con nosotros, aunque siempre con la esperanza de poder reunirnos todos algún día.

Nuestra situación económica cada día era más difícil y entonces decidimos irnos de Miami. ¿A dónde? Primeramente pensamos en la Argentina. donde estaban los laboratorios de Química Aristón que René representó en Cuba, pero el Refugio no nos pagaba un viaje tan caro. Entonces decidimos irnos a Memphis, Tennessee, donde vivía el Dr. Picaza y con el que ya René había hablado por teléfono sobre el estado de salud de Ana, a la que él había operado hacía exactament un año. El Dr. Picaza lo animó para que fuera a Memphis, pues allí teníamos más facilidad para encontrar empleo.

El 29 de junio de 1961, los siete salimos en tren rumbo a Memphis con los pasajes pagados por el Refugio. Primeramente, el tren que debíamos haber cogido se nos fue y la combinación que tuvimos que hacer nos demoró muchas horas en Jacksonville, Florida. Al fin, al día siguiente por la tarde llegamos a Memphis y desde la estación de trenes René llamó al Dr. Picaza. Este se sorprendió que estuviéramos allí los siete, pues el pensó que René iría primero

él solo y una vez que consiguiera un empleo y se acomodara, mandaría a buscar a la familia. Fue a recogerlos a la estación y nos llevó para su casa donde nos acomodó. Tuvo que mandar a sus hijos a casa de familiares y amigos para poder darnos alojamiento a nosotros siete. ¡Qué gesto tan noble y humano! Esto jamás podré olvidarlo.

Estuvimos en su casa una semana, René empezó a trabajar en el Baptist Hospital, donde el Dr. Picaza lo recomendó y yo empecé a hacer aplicaciones en varias escuelas para enseñar español. Mariquita, la señora del Dr. Picaza, nos llevaba todos los días a buscar casa, muebles usados, etc., para poder comenzar una nueva vida en este país, con cinco niños y cuyas edades fluctuaban entre dos y once años.

No era fácil la situación, pero Dios no nos abandonaba. Conocimos a una cubana, Juana María Webb, casada con un americano, y que vivía allí hacía años. Nos visitó, comprobó nuestra precaria situación y entonces concertó una entrevista con una periodista americana del *Memphis Press Scimitar*, con la idea de que la gente al leerla, nos ayudara con muebles, cazuelas, etc.

Así fue, después que salió nuestra foto e historia sobre "una familia cubana refugiada," empezaron a llegar personas a nuestra casa de madera, con tres cuartos y un baño, y una renta de \$60 mensuales. Nos traían de todo: comida, muebles, colchones, almohadas, juguetes para los niños y dinero en efectivo. Que emoción y cuanto agradecimiento a Dios y a esta buena gente.

Entre las personas que fueron a visitarnos y llevamos regalos fue la señora Knoff, cuyo esposo era el dueño de un buen hotel en Memphis y nos regaló muchos muebles y también dinero. Empezó a salir conmigo y me llevaba a lugares que yo necesitaba ir, pero que como no tenía transportación no me era posible llegar a ellos. Nos presentó a su hermana Francis, que también nos ayudó, y todas las semanas iba a buscar nuestra ropa "sucia" para lavarla en su



lavadora y así aliviar nuestros gastos y exceso de trabajo.

Efectivamente, esto fue un gran alivio para mí, sobre todo al principio de nuestro exilio. Así al fin conseguí empleo en un colegio católico -- un *part-time* por las mañanas, y otro *part-time* por el mediodía en otro colegio. Con el dinero que pudimos reunir compramos un carro, mejor que el de Miami, y así podía ir yo de una escuela a la otra y recoger a las niñas en el kinder.

René empezó a trabajar entonces con Fuller Brush, caminando y visitando a clientes. Las niñas iban a su kindergarten de monjas, que la directora Sister Damian, me dejó poner a las dos allí, a pesar de sus cortas edades, para ayudarme y que yo pudiera trabajar. Cuando se enfermaban y no podían ir a la escuela, era un problema. Teníamos que dejar a uno de los niños en la casa cuidándolas para poder nosotros ir a trabajar.

Un día, al llegar encontré a Tony muy asustado, los bomberos se acababan de ir. Lourdes había puesto su vestido sobre la calefacción de gas para secarlo y éste empezó a quemarse. Fue entonces que Tony, con muy buen acierto, llamó a los bomberos, que según él, fueron enseguida y el fuego no se extendió.

Otro día, fuimos a la lavandería, pues necesitamos de pronto una ropa, y al regresar a la casa nos dimos cuenta de que Lourdes no estaba aunque había regresado con nosotros. Nos asustamos muchísimo, fuimos a llamar a la policía, cuando en eso la vimos que venía caminando hacia la casa. Nos dijo que había vuelto al *laundry* a buscar su "wicha," la suiza, que se le había quedado allá. Tenía solamente dos años y medio. ¡Otro de los sustos del exilio!

Pasaron varios meses, cuando en eso nos avisaron que Jorge Padrón, un amiguito de los niños, llegaba a Miami y seguía para Memphis a reunirse con nosotros, que lo habíamos

reclamado, hasta que más adelante pudiera salir su madre. Desgraciadamente ese día no llegó, su madre murió de un ataque al corazón en la consulta del dentista en Cuba poco tiempo antes de salir para este país a reunirse con su hijo. Otra de las tragedias del exilio, y que duro fue darle esta triste noticia al muchacho.

En medio de los problemas nos llegó una carta desde Colombia, del doctor Evelio Tió, nuestro dentista y amigo cienfueguero, pidiéndonos un *affidavit* para poder salir de allá, a donde llegó como asilado político y quería venir a Estados Unidos. Había contactado a varios amigos, pero todos ellos le dieron excusas que no podían reclamarlo. Al fin nos aceptaron un *affidavit* y al cabo de unas pocas semanas llegó Evelio a Memphis. Estuvo en casa más o menos un mes, pero como no le era posible ejercer como dentista en aquel momento, decidió irse para Miami.

Antes de tener a Evelio en casa tuvimos a Adela Wupperman, una antigua amiga de René y su familia, a la que encontramos en la oficina de inmigración en Jamaica con el mismo problema nuestro, tratando de conseguir la visa para U.S.A. Ella nos escribió desde Miami para saber si había trabajo como maestra de español en Memphis, y como en la escuela donde yo trabajaba necesitaban a otra maestra, le avisé y fue enseguida. Estuvo en casa más o menos un mes.

A fines de enero de 1962 nos mudamos para St. Louis, Missouri, pues había una oportunidad de un trabajo *full-time* para enseñar español en el Christian Brother College y el salario era mejor. René fue unas semanas antes a buscar empleo, y al fin se conectó con un farmacéutico, Mr. Mattuseck, que lo colocó en su farmacia y fue muy atento con él y con nosotros.

Estando René en St. Louis, Ana María y Lourdes se enfermaron con el sarampión, habían

acabado de pasar las chinias recientemente, pero esta vez yo estaba sola con los niños y Padrón seguía con nosotros. La fiebre era muy alta y yo me asusté mucho. Cuando René llamó se lo conté y regresó enseguida, ya tenía empleo. A los pocos días, cuando las niñas se pusieron bien, salimos para St. Louis.

La mudada la hicimos alquilando un camión, y así llegamos a St. Louis a casa del Dr. Matusceck, quien nos esperaba en compañía de su señora e hijos pequeños. Con un frío terrible, y de noche ya, sacamos los muebles y los pusimos en el garage de su casa hasta encontrar casa. Comimos con ellos y creo que dormimos allí en su casa.

Conseguimos un apartamento grande de tres cuartos y un baño en un segundo piso en un barrio llamado University City. El edificio tenía tres pisos. En la planta baja vivía una vieja judía que siempre estaba protestando por el ruido que hacían los niños. Llamaba a la dueña y ésta me llamaba a mí enfurecida, y yo me echaba a llorar porque nunca había tenido problemas así. En el tercer piso vivía un matrimonio judío joven, con una niña. El era profesor del Washington University, y eran muy atentos.

La iglesia All Saints nos quedaba a dos cuadras, y los niños iban a la escuela parroquial. No pagabamos por la matrícula de los niños. El pastor, Father Ryan, era un viejito muy bueno que mucho nos ayudó. A iniciativa de la iglesia, St. Vincent de Paul Society nos daba un cheque por \$25 semanalmente para comprar víveres, pues nuestros salarios no eran suficientes para mantener a la familia al principio. El mes de fondo del alquiler del apartamento, la instalación del teléfono, luz, etc., y con 5 niños y Padrón, la situación no era fácil.

Comencé mis clases y René su trabajo en la farmacia. El me llevaba a la escuela y yo cuando terminaba cogía el omnibus, hacía transferencia e iba a recoger a las niñas al nursery de

las Sisters of Charity, donde pagabamos solamente \$5 por cada una. Caminábamos dos cuadras para coger el omnibus de regreso a la casa las niñas y yo. Durante el invierno la temperatura era bajo cero muchas veces, y aquellas dos cuadras, a veces nevando, parecían interminables. En una casa había un perro grande en el patio y era una tragedia cuando pasabamos por allí, pues ya el perro nos conocía, empezaba a ladrar, las niñas a gritar, y esto era todos los días.

Un día Ana María y Lourdes se fueron solas al *grocery store* y cuando empezamos a buscarlas, pues creíamos que estaban abajo en el patio jugando, las vimos que venían con unas cosas en las manos. Eran unos juguetes que se habían llevado de la tienda y enseguida, después de un fuerte regaño, las llevamos allá para que los devolvieran. La señora nos dijo que todos los padres deberían de hacer lo mismo. Ana tenía 5 años de edad y Lourdes tres y medio. Lo peor del caso era que tenían que atravesar una avenida de mucho tráfico, y luego ellas mismas nos contaron que una señora las ayudó a cruzar. ¡Dios las acompañó!

Otro día fuimos al zoológico y se nos perdió Ana María por una hora. Fueron momentos muy duros. Los guardias de seguridad del parque salieron en sus carritos a buscarla, y al fin uno la encontró y no las entregó; ella también se asustó mucho. Pasamos en St. Louis año y medio y durante ese tiempo nos ocurrieron varias cosas desagradables.

Otro día René me llamó al trabajo y me dijo que Ana María no estaba bien. Enseguida pedí permiso y me fui para la casa, y cual no sería mi sorpresa al encontrarla en la cama, sin poder mover la mitad del cuerpo. Enseguida la llevamos al Children's Hospital y empezaron las investigaciones de rutina. El Dr. Weimberg, neurólogo, era quien la atendía, y el Dr. Smith, un joven médico muy agradable, era su médico de medicina general. A los cuatro días de tantas investigaciones, el Dr. Smith nos dijo que Ana iba a necesitar medicinas toda su vida y nos

explicó el caso. Fue muy duro.

El clima de St. Luis, al que no estábamos acostumbrados, era muy severo, y fue entonces que decidimos empezar a buscar empleos de nuevo en otros estados aprovechando las vacaciones de verano. Apliqué en varios colleges y high schools y acepté una posición en Catherine Spalding College en Louisville, Kentucky.

A fines de julio de 1963 nos mudamos para allá, donde se suponía que el invierno no era tan riguroso. Alquilamos un camión U-Haul que René manejó y además un trailer que pusimos detrás del carro que yo iba manejando; así hicimos la mudada.

Teníamos una casa amplia y bonita pero al año de vivirla tuvimos que mudarnos a otra, que aunque también era una buena casa y con un amplio sótano, el alquiler no era tan alto como el de la anterior. Cuando me presenté en el college a tomar posesión de mi empleo, conocí a una monja que era la que estaba a cargo del laboratorio en el St. Anthony Hospital. Le hablé por René para ver si podía obtener empleo en dicho hospital, y se ofreció para ayudarlo y que fuera aprendiendo lo referente a técnico de laboratorio y técnico patólogo, pagándole --para ayudarlo-- \$50 semanales mientras aprendía a realizar su labor.

Al mes de haber empezado ambos a desempeñar nuestros trabajos, se enfermó Lourdes. Tuvimos que ingresarla en el hospital St. Anthony y según decía el médico, un "afamado" cirujano infantil, lo que tenía la niña, fiebre alta y vómitos, era debido a un virus. A los dos días nos dijo, "es apendicitis y ya se le reventó, hay que operarla enseguida." Mientras estuvo en el hospital, yo dormía en una butaca en su cuarto y al día siguiente me iba para el college. ¡Qué momentos tan duros pasamos!

Gracias a Dios salió bien de la operación, pero a los cuatro o cinco días, se le presentó

de nuevo fiebre alta y el médico queriendo que así como estaba, la sacáramos del hospital y al fin le dió de alta. Nos disgustamos mucho y esa misma noche llamé a mi amiga Oneida Pondomenech de Lozada para averiguar el teléfono de su hermano Elmo --un gran cirujano-- que trabajaba en el Children's Hospital de Boston, Mass.

Logré hablar con Elmo cerca de las doce de la noche y después de contarle la situación, me dijo "tráela enseguida porque si te demoras, se te va." El susto fue grande, yo creí lo que me dijo, pues él sabía bien lo que me estaba diciendo al respecto.

A las ocho de la mañana siguiente estábamos cogiendo un avión para Boston la niña y yo. Sin el dinero completo, pues no habíamos cobrado, tuve que pedirle a Margarita Avilés Ortega un préstamo que me llevó al aeropuerto, y por poco se nos va el avión, aunque ella corrió para llegar a tiempo. El co-piloto cargó a Lourdes, y corríamos al avión que había demorado unos minutos esperando por nosotros. ¡Qué bello gesto!

Esa mañana llovía, hacía mucho viento y el avión se movía cantidad y ambas nos mareamos. Hicimos escala en N.Y. donde mi tía Margot nos esperaba y pidió permiso para subir al avión; me regaló \$100 que nos vinieron muy bien. Al fin llegamos a Boston por el mediodía y el piloto pidió a la torre de control una silla de ruedas para bajar a la niña.

Fuimos directamente en un taxi para el hospital, y enseguida le dieron ingreso. La *social worker* me consiguió un cuarto en una casa de huéspedes muy cerca de allí, pues no me permitieron pasar allí la noche. Al día siguiente temprano con la niña fui a la iglesia y al hospital donde hablé con el médico que la asistía y que Elmo me había recomendado. El cirujano me explicó sobre el absceso que tenía la niña formado por el pus que le quedó en el vientre y le vino una peritonitis.

La niña seguía con fiebre y un día le subió tanto que le dieron baños de agua fría y le pusieron un ventilador delante de su cama. Yo me horroricé cuando vi eso, y más tarde la situación se fue complicando aún más. A las 8 p.m., la hora de salida de visitas, la enfermera me dijo, "espere, pues el doctor está aquí en el hospital y quiere hablar con Ud." Me preocupé mucho y empecé a rezar de nuevo y a esperar. Cerca de las 11 p.m. vino la enfermera y me dijo, "se puede ir, pues el doctor ya se fue." Regresé a mi cuarto muy preocupada y no pude dormir pensando... parece que esa noche hizo crisis la enfermedad.

✓ Al día siguiente, después de ir a la iglesia, fui al hospital. Cuál no sería mi sorpresa al encontrar a Lourdes sentada en la cama muy contenta y jugando. Gracias a Dios el peligro felizmente había pasado. A los pocos días regresamos a Louisville contentas, después del susto recibido. Poco después de la operación de Lourdes hubo que operar a René Jr. de la garganta y casi enseguida de la apéndice, y luego se fracturó el brazo jugando football. Fue una operación detrás de la otra.

En Louisville conocimos al Dr. José R. Zayas Bazán y familia, al Dr. Roberto Prieto y señora Dra. Dora Prieto y familia. También conocimos a Puzo, señora e hijita, e hicimos buena amistad con todos ellos. Los muchachos nuestros y los de esas familias se hicieron buenos amigos e iban a la misma escuela parroquial.

En agosto de 1965 murió mi hermana Bebita en Cuba. Esto fue una gran pena que sufrimos. Yo me quedé muy deprimida y nos fuimos unos días a Georgia. Visitamos a mis primos Lidia Lombard de Figueroa y a Fefita, la que tan buena y cariñosa fue siempre con nosotros. Ya ese era nuestro tercer año en Louisville, pero ese invierno de 1965-66 fue tan fuerte, que nos decidimos volver a la Florida. En el verano de 1966 el Dr. Zayas Bazán y familia

también regresaron a la Florida.

Antes de ir a la Florida, Oneida, su esposo el Dr. Lozada, e hijo, pasaron unos días en casa. Nosotros acostumbrábamos a ir algunos largos fines de semana a Torrance, Pennsylvania, donde Lozada trabajaba como médico en un hospital psiquiátrico del estado. Allí pasamos muy buenos ratos y comíamos muy bien.

Finalmente, en junio de 1966 nos mudamos a Ft. Lauderdale. Hicimos la mudada más o menos como de costumbre, René manejando el camión con los muebles y René Jr. el pisicorre donde veníamos todos. El carro mío era remolcado por el camión.

Llegamos tarde en la noche, todos contentos del regreso al estado de sol y de las palmas, pero luego empezaron los problemas de embergadura que fueron surgiendo uno a uno. Físicos, morales, cada uno distinto y complicado. El Dr. Zayas Bazán y familia, quienes se habían mudado unos meses antes, nos consiguieron una casa no lejos de la de ellos, en Melrose Park, cerca de St. Thomas Aquinas High School, donde ya yo había conseguido trabajo como maestra de español antes de la mudada. René comenzó a trabajar en el Holy Cross Hospital, pero a los dos o tres meses pasó para el North Broward General Hospital en Pompano Beach. Los muchachos comenzaron a repartir periódicos temprano en la mañana antes de ir a la escuela. También en Louisville lo hicieron, pero allá los vendían solamente los sábados y domingos, a veces hasta cuando estaba nevando.

En la Florida me pidieron enseguida el *teacher certification* que yo no tenía de este estado, y tuve que empezar a ir a Florida Atlantic University en Boca Raton para empezar la reválida de mi título de la Universidad de La Habana. Me dieron un certificado temporal en Tallahassee por un año para poder trabajar y estudiar a la vez. Cuando terminaba mi trabajo me



iba enseguida dos o tres veces por semana para la universidad, y regresaba sobre las 8 p.m. para estar al día siguiente en el high school a las 7 a.m. Así revalidé el título, poco a poco y con mucho esfuerzo y sacrificio, en dos años y medio logré hacerlo con la ayuda de Dios.

En septiembre de 1969 empecé a trabajar con el *adult education* de noche y en el Florida Memorial College en Miami full-time de día. Esta era una mejor oportunidad y estuve trabajando allí hasta junio de 1976, que renuncié debido a los problemas financieros que tenía el college en aquel momento y muchos profesores también renunciaron.

Al mismo tiempo de este exceso de trabajo, otras cosas iban sucediendo. René Jr. se inscribió de voluntario en el U.S. Army en 1967 cuando estaba la guerra de Vietnam en su apogeo. Estuvo en Ft. Sill, Oklahoma, donde lo fuimos a visitar, y luego lo trasladaron a Alemania, y por último le llegaron las órdenes para Vietnam. Ya le quedaban pocos meses en el Army y finalmente recibió un Honorable Discharge. Al mismo tiempo Tony ingresó en el Army, en la época que Vietnam estaba "ardiendo."

Con dos hijos en esta situación me sentía muy preocupada, y recuerdo que a veces iba por los pasillos del college como un "zombie," pensando en ellos y a la vez rezando. A la hora de dar clases controlaba mis pensamientos y Dios me ayudaba para desenvolver mi tarea correctamente. Hubo otros gastos extra, para pagar médicos, dentista, etc., correspondientes a la familia, y continué trabajando de día y de noche por años.

En el verano de 1969 planeábamos irnos para Georgia y Tony y Jorge no querían ir para allá y se fueron de la casa vía N.Y. Conseguí la dirección de donde estaban y me fui en omnibus a buscar a Jorge que solo contaba 16 años. Ya Tony había estado por N.Y. anteriormente, un vez que él y su padre se disgustaron y éste le dijo que se fuera de la casa. Al fin los encontré -- yo

~~que él y su padre se disgustaron y éste le dijo que se fuera de la casa. Al fin los encontré~~

paraba en casa de mi tía Margot -- y Jorge regresó conmigo. A Tony tuve que dejarlo allá porque la situación estaba muy "candente."

En 1969 murió Tata en Cuba, fue muy inesperada y triste la noticia que me llegó por teléfono por un cable que nos mandó Julio Alvarez. Ella no estaba enferma, murió de un ataque al corazón y se fue en media hora. ¡Otro dolor del exilio! Ya habían muerto Beba en 1965 y Ramón en 1967, éstos estuvieron enfermos durante unos años, pero la noticia de sus fallecimientos fue igualmente dolorosa.

En diciembre de 1970 tuve que operarme, me hicieron una histerectomía, gracias a Dios todo salió bien, y a fines de enero estaba de nuevo trabajando.

En esa época conocimos a la familia Cabrera e hicimos buena amistad. Nos ayudamos mutuamente. René Jr. enseñó a manejar a Cabrera y Carmen y yo nos hicimos buenas y sinceras amigas. Carmen cuidaba a veces a las niñas cuando no podían ir al colegio. Después de su regreso del ejército en 1970, René Jr. empezó a trabajar en diferentes lugares, y en el verano de 1971 se casó con Debbie. La boda fue sencilla, pero bonita, y se fueron a Puerto Rico de Luna de Miel. El 28 de noviembre de 1973 nació Jason, mi primer nieto, y la alegría fue grande para todos.

Yo continuaba trabajando en el college en Miami *full-time* y tenía un *part-time* en el Adult Education de lunes a jueves de 7 a 10 p.m. Esto lo hice por casi nueve años porque era necesario. Tony seguía por Nueva York trabajando en una compañía de seguros de vida y a la vez hacía sus estudios universitarios de noche poco a poco. Nos escribíamos a menudo, hablabamos por teléfono, y él visitaba a Margot mi tía, así es que teníamos noticias de él, pues

me preocupaba que estuviera lejos y solo. En abril de 1972 Tony me escribió para saber si podía regresar al hogar y continuar sus estudios aquí en Broward Community College para terminar más rápido. Hablé con su padre al respecto y por fin llegamos a un acuerdo. Sin pérdida de tiempo le contesté, y Tony regresó a casa al mes siguiente.

De 1973 recuerdo realmente poco, pienso que no hubo cosas de mayor importancia y todo era más o menos igual. El año 1974 comenzó "duro," casualmente acabábamos de celebrar nuestras Bodas de Plata. En abril tuve el disgusto de conocer a la mujer con la que René (el viejo) me estaba engañando desde hacía unos meses.

Un día estando yo en el college en Miami -- no sé por qué -- vino a mi mente que debía de regresar a la casa. A la hora del almuerzo dije que me sentía enferma y me fui a Ft. Lauderdale. Al no encontrar a René en casa, llamé a la agencia Ford a donde él me había dicho que iba a llevar el carro a arreglar. Allí me informaron que el carro sí estaba allí, pero que no tenían la pieza que se necesitaba y por lo tanto habían llamado a la casa varias veces para informar el asunto y nadie contestó el teléfono.

Mi sospecha entonces fue mayor y decidí, con ese impulso que a veces me dá, o que Dios me infunde, ir a la Ford. Efectivamente, el carro estaba allí, pero él no estaba. Pensé lo siguiente: "voy a esperar a que regrese pues quien se lo llevó lo traerá," y así fue. Una hora después llegaba un carrito rojo, manejado por una "buena señora" que lo traía de regreso de no sé de donde..? Ella con espejuelos negros y una peluca, ambos se quedaron sorprendidos cuando me vieron. Fui al carro, hablé con ella, y él le hizo señas que se callara, o sea que no me contestara. ¡Ese fue el comienzo de tres años y dos meses de sufrimientos para mí!

Los hijos se fueron dando cuenta del caso y pienso que cada uno sufría a su manera pues

sabían por lo que yo estaba pasando, sin necesidad. Y así fue transcurriendo 1974, entre llamaditas a veces, y "viajecitos" de él a casa de ella para llevarla o traerla del trabajo. Una mañana lo seguí al hospital, donde ambos trabajaban y, cual no sería mi asombro, al verlo llegar y entrar a una casa -- donde vivía la mujer esa. ¡Otra sorpresa! Me bajé del carro y de nuevo hablé con ella. Me dijo entre otras cosas "que la vida era sufrimiento, y que ella sabía que yo estaba sufriendo..." etc., etc. Tuvimos otros enfrentamientos. O sea, la confronté en el hospital, e/ parqueo, cafetería, etc. El me hacía creer por épocas que ya todo había terminado, pero no era cierto. Y para no seguir recordando esta triste y dolorosa historia, diré que en junio de 1977, René se fue de la casa para siempre.

En junio de 1975 me operó el Dr. Dieguez (q.e.p.d.) de la vesícula, que ya tenía mala, y que con los disgustos se fue poniendo peor.

En agosto se casaron Jorge y Eileen en la iglesia Our Lady Queen of Martyrs. La boda quedó muy bonita y fueron muchas personas. Los hermanos y hermanas de ambos participaron en la corte de honor, Roberto Cabrera de *ring boy* y una niñita amiga de Eileen fue la *flower girl*. La recepción, con música y un buen bufet, fue en el salón de actos de los Knights of Columbus.

Continuaba el año 1975 sin nada de mayor importancia. Todo seguía igual, trabajo, problemas matrimoniales, etc. Nos reuníamos en casa cuando había una fecha memorable que celebrar, cumpleaños, Noche Buena, aniversario, etc. Así lo hicimos por varios años. Pasábamos bien esos ratos, los hijos iban a disfrutarlos con nosotros, venían de Miami amigos de años, Helvia y Néstor, Emilio y Ñeca, Lily y Pepe, y de Ft. Lauderdale, Georgina y el Dr. Zayas Bazán. invitábamos al Padre de nuestra iglesia, Father Art Venezia, que siendo descendiente de italianos, también disfrutaba de la comida hispana, la música y de la conversación.

"*Poesmas*"  
*Recuerdos del Ayer*

## Fe

Señor, dame fe  
esa fe que tanto necesito,  
y que eres tú, Señor de lo infinito,  
el único que puede darnos fe.

Señor, dame fe  
para seguir luchando en este mundo,  
y así poder sentir en lo profundo  
la llama de tu fe.

Señor, dame fe  
para que así de esta manera,  
se convierta mi otoño en primavera  
y jamás pierda esa fe.

## La vida

La vida nos enseña  
¡qué bonito es amar!  
también nos enseña  
a reír y a cantar  
La vida nos enseña  
a sufrir y a llorar  
~~así como yo?~~  
¡Lo que es la soledad!

La vida nos enseña  
a querer y a olvidar,  
a odiar y a perdonar  
a orar y a esperar...

## Perdón

Sí, yo te perdono  
así el Señor me lo ha ordenado,  
pero el dolor que nos has dejado  
en tus hijos también quedó grabado.

Sí, yo te perdono  
pero no quiero verte más,  
ya tú algún día sabrás  
lo que es sentirse solo.

## Virgen de la Caridad

Virgencita querida  
madre del Creador,  
salva a nuestra Cuba  
de tanta traición.

Virgencita morena  
hermosa como el sol,  
no dejes que la hiena  
acabe con la oración.

Protege a tus hijos  
de tanto dolor,  
y haz que ellos mismos  
reaccionen al rigor.

Virgen de la Caridad,  
madre querida,  
te ruego piedad  
para la patria adolorida.

Bendice a esa nación  
que hoy tanto llora,  
y pídele al Señor  
que por favor, ¡Ya es hora!.

## Mi casa

¡Ah, mi casa!  
la casa donde nací y me crié,  
esa gran casa  
donde tanto yo disfruté.

Allí viví mi niñez  
y también mi adolescencia,  
allí no tuve tristeza  
porque fue como un Edén.

¡Ah, mi casa!  
cuántos recuerdos me trae,  
esa bella casa  
que tal vez hoy día se cae...

## **La Balsa Vacía**

**Esa, la que nunca llegó  
la que en ella venían  
no sé cuántos cubanos  
y jamás arribó.**

**Un día partió de Cuba  
con rumbo a este país,  
la balsa que más tarde  
vacía se quedó.**

**Traían en sus mentes  
ansias de libertad,  
la que nunca lograron  
pues la balsa no llegó.**



## Recuerdos

Hay recuerdos que son inolvidables  
gratos recuerdos del ayer pasado,  
pero hay otros que aún siguen grabados  
por el dolor que nos han dejado.

## Mis nietos

Mis nietos son alegres campanitas  
que tocan dentro de mi corazón,  
y hacen que brillen mis mañanitas  
cuando los tengo a mi alrededor.

## A mi primer amor

Que triste y dolorosa fue la nueva  
que me llegó por medio de una amiga,  
fue algo tan inesperado  
que aún me parece que lo he soñado.

Te has ido de este mundo muy temprano  
pero Dios así lo ha deparado,  
a muchos con tu ciencia has ayudado  
y ya el Señor te habrá premiado.

Es muy duro pensar que te has marchado  
no puedo acostumbrarme, no, no puedo,  
es algo así como una pesadilla  
y mucho, mucho en tñ he pensado.

Nuestro amor, que fue en la adolescencia  
nunca cristalizó como pensamos,  
así lo quiso Dios, ¿por qué? quién sabe...  
tal vez actuamos con poca paciencia.

Nuestras vidas tomaron rumbos diferentes  
pero yo sé que en ambos corazones,  
la llama de ese amor  
quedó latente.

Y ahora te digo adiós  
adiós por el momento,  
pues sé que volveré a verte  
y será para siempre.

## Sueño

Tuve un extraño sueño  
que no puedo olvidar,  
fue una pesadilla  
difícil de borrar.

Soñé con nuestra Cuba  
con mis hijos pequeños,  
y con quien nunca supo  
quererme de verdad.

Soñé toda la noche  
un sueño inexplicable,  
algo desagradable  
que no quiero recordar.

Pero la mente es esa  
cuando tanto se ha herido,  
y a Dios solo le pido  
que me haga olvidar.

## René

Sí, hoy es viernes  
el día en que nos dejaste,  
y a otro mundo te marchaste  
después de tanto sufrir.

Miro hacia atrás, al pasado  
y recuerdo los instantes,  
en que tanto disfrutastes  
cuando los niños nacieron.

Vinieron otros momentos  
que fueron muy diferentes,  
y que quizás actualmente  
recordarías con dolor.

El exilio y la partida  
de la patria tan querida  
nos trajo gran aflixión  
pero todos la vencimos con tesón.

Cuanto dolor y tristeza  
cuantos días de amargura  
allá dejamos en Cuba  
parte del corazón.

El destierro ha sido duro  
tuvimos buenos momentos  
otros de sufrimiento  
y una espina en el corazón.